

dicos de Norte América, demandas hechas ante la autoridad, no ya solamente de padres de familia contra algun indviduo que ha faltado á su palabra de casamiento dada á sus hijas, sino aun de solteras ó mujeres libres que piden reparacion, ya pecuniaria ó ya de galera para los contraventores.

Es así como la moral se conserva en esta línea y se profesa un gran respeto á la mujer.

Aquí una jóven puede andar sola de dia y de noche hasta muy tarde sin ser molestada, requebrada etc. Es verdad que hay multitud de mujeres prostituidas y de hombres perversos é inmorales; pero esto lo hacen sin escándalo y à sabiendas, quedando á cubierto una mujer que se quiera manejar con verdadera honradez. En las demás naciones ¡qué poco se respeta! Ella está expuesta casi siempre à los insultos, no solamente de hombres iguales á ella socialmente, sino hasta de los de la ínfima clase, y las pobres jóvenes necesitan constantemente, ser acompañadas

de sus madres ó de otra persona de la familia.

¡Triste situacion la de la muger en esas naciones, en donde la depravacion y las corrompidas costumbres les coartan su libertad y las obligan muchas veces á ceder á la seduccion!

Pasemos adelante.

Muchas veces habrás leído, querida María, que entre los americanos, hay tambien la extravagante costumbre de que alguna soltera, y á veces doncella libre se ofrezcan por los periódicos, como una mercanefa, anunciando su respectiva edad, caracter, fisico, profesion y los recursos metálicos con que cuentan; y lo gracioso es, que hallen hombres que, se casen con ellas, ó se comprometan por cierto tiempo.

Cuando por primera vez pasé los ojos sobre uno de estos avisos singulares, solté la carcajada y no creí semejante cosa; pero lo cierto es, que la experiencia me ha dado á conocer la realizacion de esta circunstancia y de que estos casos se repiten, con no poca frecuencia.

Como el cerebro de los americanos está tan metalizado, hasta la línea del honor llega su explotación: un marido se pone de acuerdo con su mujer para estafar cierta cantidad á un individuo que saben que tiene dinero. Forman su plan, la mujer entra en relaciones con el caballero, fingiendo ella una segunda edición de la mujer adúltera; tienen sus entrevistas furtivas ó francas, ella le pide dinero muchas veces, aprovecha cuantas ocasiones puede para disfrutar de paseos, convites, y otras diversiones acompañada del marido; pero cuando ya es tiempo de coronar el plan premeditado, en un momento inventa la mujer una escena conyugal con el amante: aparece instantaneamente el marido; grita, amenaza, se indigna; y la mujer se confunde, no osa levantar los ojos; el amante se marcha y el marido y la mujer se quedan riendo de lo bien que han desempeñado en la comedia sus papeles. Al otro dia llega una cita á casa del amante en la que es demandado por daños y perjuicios; y ahí tienes al po-

bre diablo, desollado con 20, 30, 40, 600 ó más pesos segun el capital que posee.

Ya ves que esto es muy expuesto para los caballeros que van de nuestros países que, siendo calaveras ó cediendo á los encantos de alguna de estas sirenas, está á punto de caer en un abismo.

Voy á hablarte ahora de otra singularidad que tambien coge de nuevo en San Francisco, en su parte material y es: la del transporte de las casas de madera de un lugar á otro; pues teniendo 22 años de existencia la ciudad, como sabes, y habiendo entrado la madera en la construccion de sus primeras casas, hoy, que se reponen con materiales más sólidos como el ladrillo y el hierro, son cortadas de sus cimientos y conducidas íntegras, por medio de rodillos, un grueso cable y un pequeño torniquete girado por un solo caballo, á un punto fuera de la ciudad á fin de ser utilizadas; pero no creas que esas casas sean de un solo piso y endebles: no, al contrario,

las hay de dos y hasta de tres y con una apariencia de mampostería.

Es original ver, que repentinamente aparece por una boca-calle, á cierta distancia, una gran fachada que la cierra y cuando esto acaece por la noche y en la mañana vé uno este fenómeno, se pasa estupefacto y dice:—¡Cómo! pues yo no habia notado que esa calle era cerrada: ¿cuándo han fabricado esa casa? Suelta entonces la carcajada, mirando desvanecida su ilusion.

Para que veas hasta donde llega el espíritu emprendedor de los americanos y su atrevimiento en acometer dificultades, al parecer insuperables: oye lo que sucedió con el Oriental Hotel del Rearny Stret, cuando se verificaba el ensanche de esta calle.

Debiendo continuarla, por la parte donde estaba situado ese Hotel, y siendo demasiado grande y de ladrillo y mezcla, se hacia indispensable echarlo á tierra, supuesto que por su misma materia y gran peso, no podia trasla-

darse íntegro á otro sitio, como las casas de madera.

¿Qué hace el dueño entónces? Que se resuelve á echarlo abajo; cuando se presenta un ingeniero y le propone hacerlo retroceder diez varas que eran indispensables para el alineamiento de la calle, exigiendo seis mil pesos por esa operacion.

Cuando el propietario oyó esto, vió el cielo abierto y en el momento aceptó; pues consideraba que tal vez esta cantidad ú otra mayor, costaria la demolicion.

En el acto se ponen por obra todos los preparativos; se cortan los cimientos, montando las paredes sobre gruesas planchas de madera: se abren otros cimientos á retaguardia para recibir aquellas; se sitúan al frente del edificio, máquinas de agua y en poco más de un mes retrocede aquel sin lesion alguna la necesaria distancia. La sola operacion de la maquinaria para empujar el Hotel, solo duró 24 horas.

¡Admirable operacion!

Así son los americanos; para ellos no hay imposibles; todo lo emprenden y desprecian ese axioma nuestro de que «lo que no se hace hoy se hace mañana,» que nos hace tan indolentes y perezosos.

Antes de concluir esta carta, que ha sido bien larga, voy à darte algunas nociones sobre el carácter, costumbres y trajes de los chinos residentes en California.

Estos ascienden ya à 10,000, ó más en la ciudad de San Francisco y diariamente va aumentando su número à causa de los viages periódicos que un vapor recién establecido hace à la china. 1

El traje de los chinos, en general, es pantalon y blusa azul de canton, lustrina ó cosa semejante; usan sombreros alemanes fieltros: la cabeza la llevan rapada por el pontal ó la parte delantera y por la otra, pende una trenza,

1 En la actualidad los chinos, en San Francisco pasan de 60,000 y en todo el Estado de California háy ya 200,000: pues el mencionado vapor y otros que se han establecido traen cada mes de 400 à 600.

que entretejida con cordones negros, les llega à los calcañales.

Los aristócratas usan un calzon negro de punto ajustado y una peliza de nutria ó de marta, y en la cabeza un solideo como el de nuestros curas; todos ellos llevan zapatos tejidos de pita blanca y de una forma amelonada, que concluye en punta vuelta hácia arriba.

El traje de las mugeres es muy semejante al de los hombres; solamente que la blusa es más larga, las mangas acuchilladas y los calzones bombachos. Los zapatos son más amelonados, de modo que tienen que guardar el equilibrio, à causa de lo convexo de la planta. Llevan argollas de acero en los tobillos y su peinado està en direccion de la raya ó partido, semejando la cola de una gallina, y unos ahuecados que les cubren las orejas; usan zarcillos y corales: algunas veces se cubren el ridículo peinado con un paliacate, llevando un paraguas ordinario à guisa de sombrilla si van à visita, para la que toman un

carro cualquiera como si fuera una magnífica carroza.

Las chinas, á causa del calzado que usan, que les obliga á guardar tanto equilibrio, son cargadas de hombros y tienen el cuello corto; generalmente son más feas de rostro que los hombres, por que tienen los ojos exajeradamente atravesados; muy salientes los pómulos, la nariz corta y aplastada lo mismo que la frente; y la boca como una simple abertura ó incision.

Pero eso sí, los chinos son gente muy activa y trabajadora, y disputan el trabajo á los americanos que por esta causa, les profesan un odio mortal.

Sus tiendas en San Francisco son pequeñas y de apariencia mesquina; cerca de la puerta se vé un chino con las antiparras caladas, subido sobre un pupitre, á guiza de pulpito, con un libro delante: es que escribe con una pluma de caña, las cuentas ó apuntes del dia.

Tienen sin embargo, en la calle del Sacramento dos grandes almacenes arreglados al estilo europeo, muy diferen-

tes de las tiendas mencionadas: allí se miran las más bellas producciones de la industria china, como son; objetos de seda, magníficos bordados, trabajos en márfil y en madera, abanicos y pinturas de flores, pájaros, mariposas de una imitacion sorprendente y con los mismos brillantes colores del natural. En este género sobresalen los chinos; pero lo que es en la representacion del natural del hombre, si están muy atrasados y desconocen completamente la perspectiva y la estética.

A pocos dias de haber llagado á San Francisco un amigo mio redactor de la Alta California, me llevó á un taller chino, de pintura, cuyo artista hacia retratos al oleo, valiéndose para esto de la fotografia; por decontado que empleaba en la confeccion de estos un mecanismo extremadamente lamido, que debia gustar mucho á alguno de nuestros compatriotas que reprueban la pasta del color y aman lo embarrado, á lo que llaman pincel fino.

El referido artista me pagó la visita

gante y su cultura disiente en gran manera de las demás naciones.

De la música de los chinos ¿que podré decir?

Parece increíble, pero este pueblo que cuenta tantos millares de años de existencia y ha llevado algunos ramos, á una admirable perfeccion, en la música se halla en la infancia. Sus instrumentos son pobres y ridículos y las sonatas tan extravagantes y monótonas, que causa tristeza y risa el escucharlos. Usan una especie de bandola que consiste en una caña de tres cuartas de vara de largo, con unas cuerdas de tripa adherentes á ella, y cuyo sonido es semejante al de un pequeño violin, ó al zumbido de un mosquito. Tienen tambien otro que es de la misma configuracion de una chirimía y cuyo sonido es muy semejante al de esta, aunque mas agudo. Estos fueron los únicos instrumentos que conocí y que por cierto no deberán producir una combinacion tan armónica que digamos.

No sé si te habré hablado ántes de

lo apto que son los chinos para todos trabajos de la industria europea; pero por sino lo hubiere verificado aunque incurra en repeticion te contaré algo sobre este particular. Pues bien, los chinos, trabajan un calzado de señores y señoras, tan perfecto como lo pueden hacer los europeos: hacen ropa blanca de hombre y de muger; son excelentes sastres, carpinteros, ebanistas, relojeros y cuanto se necesita para el uso comun. Son buenos criados y cocineros; de modo que las familias ricas y pobres, ocupan de preferencia á los chinos, sobre los europeos; tanto por economía, como porque son mas humildes y trabajadores que éstos. En cuanto á eso y al servicio en general, la industria y hasta en la línea de vapores, son ocupados los chinos; y de aquí resulta el ódio que les profesan europeos y americanos; pues se puede decir que los chinos han monopolizado los trabajos.

En esta concurrencia, las familias de San Francisco han ganado, y principalmente las de la clase media que hoy

pueden tener fácilmente un criado chino que les gana poco dinero; así como el lavado que antes pagaban muy caro á los franceses, y hoy lo desempeñan los chinos por una tercera parte.

La narracion que contiene los dos antecedentes párrafos, pertenecen á la actual época en que ha variado el sistema de trabajos y salarios por la afluencia de los chinos que, como arriba dijimos, hoy pasan de 60,000 en San Francisco. Estos dos párrafos, debieron haberse reasumido en una nota; pero considerando que ésta seria muy larga, me propuse hacer la anterior relacion de esta época mezclándola con la pasada en la que ha trascurrido un período de doce años. Hecha esta explicacion sigamos adelante.

No debo omitir en la narracion de mi viaje á San Francisco la situacion que guardan los negros en esta ciudad.

Estos son bien numerosos y como están ya libres, se dedican al trabajo por su cuenta y son muy laboriosos. Visten con tanta decencia como los

blancos y sus modales y costumbres no difieren en nada de las de los europeos. Son aptos para todas las artes y las ciencias; poseen cuatro ó seis iglesias y las mas noches así como los domingos todo el dia, tienen sus ejercicios, en los que tocan un órgano perfectamente y ejecutan coros tan bien organizados, como los que pudieran oirse á una compañía de ópera.

Solo la ignorancia y la fuerza, pudieron haber esclavizado á éstos seres desgraciados, únicamente porque su clima hizo negro el color de su epidérmis; pero por lo demas en nada difieren moralmente de las demas razas.

Los Estados-Unidos han dado un gran paso en la civilizacion emancipando los millones que pueblan su territorio; y, no sé porque la España aun persiste en conservar la esclavitud en hombres, que son tan hijos de Adan como todos los demas.

Pero al hacer esta reflexion se me ocurre una idea y es que, los señores que no están por la emancipacion de

los negros, tienen sus razones para no aceptarla: porque tratándose de intereses, sacrifica lo mas caro y, sobre este particular, se olvida el hombre de la humanidad y de todos los buenos sentimientos que germinan en su alma aunque conozca que se hace violencia.

Los dueños de ingénios en Cuba, aducen razones para sostener el sistema de la esclavitud: una de ellas es, la pérdida de grandes intereses, en caso de verificarse la emancipacion de la raza africana, porque tienen empleadas grandes cantidades en ella; y la otra razon es: la de que los blancos no podrian soportar la fatiga y los grandes calores que soportan los negros en el trabajo; por consiguiente en esta línea, incurren esos señores en el pecado de lesa humanidad, cometiendo la injusticia de exonerar á una raza en detrimento de otra.

No será fuera de propósito que ahora que te hablo de los negros hiciera mencion de algunas peripecias que corresponden á la línea de cultura social.

Una de ellas es, lo perfectamente que visten hombres y mujeres, sin distinguirse de las demas nacionalidades. Una negra, viste con tanta elegancia, lujo y propiedad como una Zadye americana, y sabe llevar tambien la ropa, como ella, manifestando el mismo señorío, las mismas maneras y ese no sé qué, propio de la gente decente: un negro es tan elegante y tiene el mismo porte caballeroso, que cualquiera otro. Por detrás se miran á estos dos individuos, como personas que pertenecen á la aristocracia de cualquiera otra nacionalidad; pero cuando se ven por delante, el color, el maldecido color, por la no ménos maldecida preocupacion rebaja el mérito fisico y moral de aquellos individuos: ya no son personas, ya no son seres racionales; ya son cosas y objetos indignos de nivelarse con la raza humana.

¡Pobres negros!

En fin, María, he sido un poco difuso en esta carta, porque me anima el deseo de que entres en conocimiento

con muchas de las cosas notables de este país, sin omitir algunas pequeñeces que, aunque insignificantes, no dudo que encontrarás gusto en leerlas, supuesto que son nuevas para tí: en la siguiente te contaré un chasco que me pasó en una iglesia protestante de la calle de Bushs.

Adios, María.

XXXII

San Francisco Marzo 20 de 1867.

AMIGA MIA:

Voy á cumplir lo que te ofrecí en mi anterior, relativo á lo que me pasó en un templo protestante el Domingo pasado.

En uno de los dias de la anterior semana, nos hallábamós reunidos Aurelio Gallardo y otros tres amigos mexicanos y se hablaba de las bonitas muchachas; bien que he visto ya algunas